

DMITRI IVANOVITCH

ME lo presentó un día, en la Dirección de *Trofeos*, Víctor M. Londoño. Yo tenía—¿a qué negarlo?—una ligera prevención contra él a causa del exasperado modernismo de algunas de sus producciones primigenias y sobre todo—*isobre todo!*—a causa de su maldito pseudónimo tolstoiano, ese Dmitri Ivanovitch que me parecía entonces—y me parece todavía—de gusto un tanto dudoso. Aquella prevención, empero, se disipó en pocos momentos al influjo del fluido simpático que emana de la persona del poeta, el cual, en aquel día ya lejano vestía con desenvoltura y elegancia el flamante uniforme verde-oscuro de los Cadetes de nuestra Escuela Militar. Figuraos un muchacho fino y esbelto, en quien todo—desde el gesto parco hasta la voz asordinada—revelaba al ariosto, al tipo de eugénica superioridad; un muchacho de cara románticamente pálida y de manos, (¡oh, qué manos!) extraordinariamente bellas, largas, nerviosas, expresivas, dignas de compararse con las de esos caballeros enlutecidos y visionarios que se destacan de los lienzos de Theotocoupos. Tales son las características de la persona física del joven cantor.

Dmitri Ivanovitch es un romántico y su vida ha sido también la de un romántico. Ni siquiera falta en ella un idilio juvenil truncado por la Muerte, el cual dejó en el alma y en la obra del poeta, con el recuerdo de la Beatriz niña, rubia y cándida, ida para siempre, un como perfume de elegíaca melancolía. De ahí acaso que en la producción de Ivanovitch—lo mismo que en la de casi todos los grandes cantores románticos—se vislumbre como en el fondo de un espejo encantado, la doble faz de los gemelos divinos: el Amor y la Muerte:

Una dúplice imagen me obsesiona:
la muerta entre los cirios y el incienso
y mi madre tejiendo con inmenso
amor para la muerta esa corona.

Muy bien, sí, dirán algunos, ¿pero en qué consiste, en el fondo, aquello de ser romántico, si por romanticismo se entiende algo más que usar las melenas largas y pergeñar versos en que se lloran los males de la vida y se suspira por el reposo de la muerte? ¿Y por qué Dmitri Ivanovitch es romántico de una manera tan esencial e innata? La elucidación de ese punto es sin duda necesaria a la comprensión íntima de la obra poética del joven portalira costeño.

Para Federico Nietzsche, el fondo del romanticismo o romantismo está constituido por un pesimismo incurable, por

aquel sentimiento profundo de la miseria de las cosas que conduce por lógica fatal o a desear que ellas dejen de existir o a destruirlas, en cierta manera, en uno mismo, para no sentir las y para aislarse en una indiferencia análoga al nirvana de los hindúes, representativo del no ser. De ahí que el filósofo de Sils María—enamorado de un ideal de vida superabundante, alegre y armonioso, acabábase por renegar del arte de Wagner cuya música es, sin duda, viviente y pinta la vida, pero la pinta en lo que ella tiene de nervioso y enervado, con un nerviosismo y un enervamiento que tienden al reposo, a la ataraxia epicúrea. A ese arte romántico Nietzsche opone el arte de los helenos alegres, enérgicos, amantes de la existencia con todos sus bienes y sus males y que realizaron el ideal del olimpismo aunando en su espíritu la exaltación dionisiaca y la exaltación apolínea, es decir, el amor de la vida vivida intensamente con el amor de la vida vivida estéticamente.

Si la contemplamos al través de esa tesis, la obra de Dmitri Ivanovitch nos aparecerá como un brote de hondo romanticismo. Toda ella está impregnada de exquisita fatiga, de blanda pereza voluptuosa, de la incurable melancolía de los renunciamientos supremos.

El poeta, dotado de una aguda hiperestesia nerviosa, de una sensibilidad enfermiza y casi dolorosa, siente miedo del roce áspero y brutal de las realidades terrenas. No se atreve a decirle sí a la existencia, y se refugia en el ensueño como en una cartuja en que todo es contemplación y silencio, embele-

ñamiento y olvido. Sus versos tienen un encanto languideciente y como autumnal, una gracia infinitamente delicada. Casi no resisten la lectura en voz alta, muchísimo menos la declamación. Para darles forma, el poeta eligió las voces de sonoridad más atenuada, como si temiese perturbar el silencio necesario a la pudorosa intimidad de la emoción. Casi todos sus cantos son evocaciones de mujeres bellas y aureoladas de imposible, o sutiles notaciones de estados de alma exquisitamente complejos. George Rodembach, el poeta del misticismo extraño y conturbador, ha ejercido sobre la inspiración de nuestro joven portalira una hondísima influencia. Versos hay de Ivanovitch en que esa influencia llega a dominarlo, por ejemplo, la poesía en que nos habla de esos grandes espejos que en las habitaciones apenumbadas por el atardecer, parecen, al copiarnos en sus aguas turbias y merced a un tenebroso sortilegio, arrastrarnos a lejanías infinitas, robarnos a nosotros mismos, convertirnos en pálidos fantasmas. En esa poesía sugestiva y rara hay algo más que una influencia del cantor de *Brujas la Muerta*.

A pesar de eso, y del exotismo de su pseudónimo (¡endiablado pseudónimo!) Dmitri Ivanovitch es un poeta esencialmente nuestro. Muchas de sus evocaciones, llenas de suave tristeza y de morosa languidez, tienen por escenario las calles desiguales y pintorescas de la noble Cartagena de Indias, y por horizonte la raya azul del Atlántico. Cadete de la Escuela Naval, el poeta ha vivido en aquellas callejas tortuosas más de un suave idilio sentimental, cuyo recuerdo, embalsamado por la arrobadora tristeza de lo que es ido, ha fijado luego en versos de un ritmo suspirante y acariciador de *berceuse* chopiniana. Dmitri Ivanovitch siente de manera singularmente intensa la melancolía del amor humano, tan precario, efímero y amenazado, y ha cristalizado ese sentimiento en forma artística insuperable. Bastaría para cimentar su reputación de gran poeta, el final de un soneto en el cual, tras de pintarnos la silueta de una mujer que, acodada a su ventana y con los ojos fijos en el mar, contempla, como Ariadna, el horizonte ilímite en donde se perdió el bajel del muy amado, nos dice:

¡Y ha de pensar, en tanto que ocultamente
[llora,
que es el amor al modo del vespertino rayo:
entristece los mismos panoramas que dora!

La producción de Dmitri Ivanovitch, esencialmente subjetiva y personal, tiene el encanto especialísimo de que en ella el poeta está íntimamente fundido con el hombre. Más

Del poeta colombiano Luis José Betancourt, conocido en las actuales letras hispano-americanas con el nombre de Dmitri Ivanovitch, acaba de editar el señor García Monge, en las ediciones SARMIENTO, un tomito de versos cuyo título es LA VENTANA Y OTROS POEMAS. 34 poemas componen el volumen y entre ellos, los titulados NOCTURNOS Y CREPÚSCULOS son ciertamente notables. Recomendamos su lectura a los jóvenes amigos de las buenas letras hispano-americanas modernas; se trata de un poeta estimable que quizá no conozcan.

Se vende el ejemplar a ₡ 1-25 en la Librería de don Jaime Tormo.